

**ENRIQUE GONZALEZ ROJO ARTHUR**

**CASA ADENTRO**  
Amores, odios y otras confiancias

**2008-9**

**AMORES**  
Primer canto

*J'aime le jeu, l'amour, les livres, la musique,  
la ville et la champagne, en fin bous; il n'est rien  
qui ne me soit souverain bien. Jusqu'au sombre plaisir  
d'un Coeur mélancolique.*

*La Fontaine*

# I FLECHADOR DE PALABRAS

## Diario

Allá en mis mocedades,  
debería de haber escrito un *Diario íntimo*,  
género literario  
que se presta tanto a los secretos  
-que pasan menudencias de corazón  
de boca a oreja-  
como a las confesiones  
-que sufren un temor descomunal a la intemperie  
y a las lenguas viperinas y depredadoras  
del qué dirán.  
Allá en mis mocedades.

Cierto que, siendo muy pequeño,  
con alma,  
experiencias  
y rostro imberbes,  
*tuve un oso*  
*del tamaño de Dios,*  
*a quien le dije todo, en la confianza*  
*de que la indiscreción no es de peluche.*  
Pero nada mejor  
que el cuaderno de cabecera o la embriaguez de buró  
de un *Diario íntimo*,  
porque él sabe escuchar nuestras aspiraciones,  
incoherencias y debilidades,  
sin interrumpirnos,  
sin obligarnos,  
con la labia imperativa del consejo amoroso,  
a cambiar de opinión,  
sufrir los flagelazos del deber ser,  
tachar las oraciones destinadas  
al confesonario de la confidencia,  
desandar lo andado  
y arrojar nuestras huellas  
al precipicio del arrepentimiento.

En ese Diario podría haber señalado  
el día, la hora, los minutos  
en que descubrí la música de cámara de la rima,  
las rítmicas pezuñas de la métrica,  
el cántico efervescente del jilguero,  
el virtuosismo de los trabalenguas,  
la terquedad de los pleonasmos,  
el traje de gala del adjetivo exacto,  
la juguetería fantástica de la metáfora.

En ese cuaderno de intimidades,  
podría haber dejado correr la crónica  
de mi primer encuentro con las palabras.

### **Compensación**

Un diario, en fin, no tuve. ¡Pero cuántas plumas, bolígrafos,  
lapiceros, máquinas de escribir, para no hablar de los borradores  
que, manos a la obra, limpiaban los sustantivos  
de la terquedad de la redundancia, la grandilocuencia de lo nimio  
y la bisutería de la adjetivación, o de los sacapuntas empeñados  
en aliviar la afonía de los lápices y enmendarle la plana a la blancura  
de la página virgen! ¡Y cuánta, cuánta tinta que,  
frente al hablar en voz baja de los lápices,  
se convertía gustosa en altavoz  
de mis vivencias!  
Ahora, en mi fiebre de modernidad,  
en mis ansias de arrancarme del pecho el siglo XX,  
hasta programo sueños, utopías,  
poemarios de nunca acabar  
por computadora,  
y hago lo imposible para que no muera electrocutado  
mi romanticismo, viejo, pasado de moda,  
que, no obstante, como el faro de bolsillo de la brújula,  
es el que siempre le da luces a mi pluma  
para acceder a buen puerto en un feliz  
punto final.

## Vocación

Me sentiría dichoso  
  (como el pez del deseo  
  en el agua bendita de su satisfacción)  
de dejar testimonio en un Diario  
de la impresión inicial  
que me producían las palabras,  
sí, las palabras  
veraces, honradas a carta cabal,  
pero también  
las hipócritas  
o cínicas,  
cuando las veía reunidas en los jolgorios  
de los libros,  
los poemas,  
las mentadas de madre.

En medio del alboroto  
de letras, sujetos, oraciones,  
o del haz de vivencias  
que saltan, como peces alados,  
en busca de sus nombres,  
había por lo general dos que tres  
que, distinguiéndose  
por su personalidad,  
el tintineo de sus vocales  
o la agudeza de su lengua,  
blandían el íntimo micrófono  
de su voz en cuello.

Y también, claro, podían hallarse  
–como rótulos de lugares comunes–  
vocablos mediocres, agazapados  
detrás de diversas especies de silencio.

Por desgracia mi pasión,  
mi debilidad por las palabras  
no se manifestó en un Diario personal,  
como el de Amiel,  
o de María Bashkirtseff,  
o de Dostoievski  
o de mi primo Salvador.

Más bien se hizo presente  
en multitud de cuadernos, pedazos de papel,  
boletos de tranvía, para la prosa,  
o en cortezas de árbol,  
senos complacientes de una amiga  
o en las pezuñas de un pegaso,  
para la poesía.

### **Primeros años**

Se sabe. El recuerdo de los primeros años  
siempre es nebuloso,  
ambiguo,  
espectral,  
algo prendido con alfileres y golpeado por el viento,  
y así, no sé  
si lo que gusta de secretarme la memoria  
con la insistencia de lo posible  
y hasta la terquedad de lo evidente,  
sea un hecho probable  
que navega por los mares del pretérito  
prendido del puñado de tierra  
de una tabla,  
o una falsa moneda, construida  
con la audaz aleación, abrazo, coito  
de metal y mentira.

No obstante, siento que mi memoria  
más que ser un álbum de fotografías  
hojeado por el viento,  
es una amplia galería de episodios  
que se van, esfumándose,  
por el camino aéreo de su polvo...  
Cierro los ojos y veo que,  
muy niño,  
apenas destetado  
–viviendo mi desmadre humildemente–  
a la hora de dormir,  
de acurrucarme en el exacto hueco,  
calientito,  
que del mundo me toca,  
mis padres me dejaban

cabe la almohada  
el manojo de palabras de una canción de cuna  
–con olor a hueledenoche–  
que caía,  
con dulzura somnolienta,  
sobre mi oído.  
Yo me la llevaba a los labios  
–como todo lo que lograba arrebatarse  
al universo–  
le saboreaba sus mejores sílabas,  
hasta que me dormía arrullado  
por esa melodía, acompañada  
por el flujo y el reflujo de la vida  
que interpreta en nosotros el más íntimo  
instrumento de viento...

### **Encuentro**

Yo tuve con la poesía un amor a primera vista,  
a primera lectura, a letras enredadas en las pestañas,  
a intercambio de dulces bellaquerías  
detrás de la puerta. La poesía, ay la poesía  
y su humilde perfección sin fe de erratas.  
Las palabras me sirvieron de trampolín  
para ir al poema, al cuento, a la filosofía  
y a la confesión amorosa.  
En ellas encontré el rompecabezas del infinito,  
los aullidos para pescar estrellas,  
las ostias para comerme el mundo  
y a veces el pedazo de pan  
que desmiente en un punto cualquiera del caos  
las pretensiones totalitarias del infierno.

### **Silencio**

Con la poesía –crisopeya que arranca  
quilates y quilates de la madre tierra  
y deja a los creadores  
con las manos doradas–, tuve un amor  
a primera tinta.

Mas también

lo tuve con el silencio,  
con el dios de la astucia literaria  
y de la página exenta de palabras  
donde embrionariamente se adivinan  
los cánticos nonatos.

Hace tiempo escribí:  
*Gran cosa es tener la capacidad de retractarse.  
Poseer el combustible necesario para dar marcha atrás.  
Lucir la valentía de desdecirse,  
humillar la petulancia  
de pretender hablar desde el púlpito de la tinta,  
con un ademán autocrítico  
que transforma los dogmas los yerros la retórica  
en un rebaño de virtus perfumadas.*

*Cuando vuelvo los ojos a la pluma  
al lápiz a la máquina  
y después hacia ti me quedo meditativo  
y pienso que el poeta  
el verdadero el grande  
el profundo poeta  
debe saber oír más las palabras de su goma  
que las del artefacto con que escribe  
porque los dioses están más cerca del silencio  
que del barullo.*

## **Definición**

Poeta es para mí  
no el que, por una vez solo,  
escribe un poema  
y se sube a cualquier peñasco  
para aullarlo a la luna,  
o el que hace un tatuaje de jeroglíficos  
en la espalda de su amante,  
o el que pergeña el material necesario  
en el pergamino de la inspiración  
para ofrecer un recital de intimidades  
en cualquier micrófono  
circundado de sillas y de aplausos.  
No. Poeta es el que no puede dejar de escribir,

de decirse, de cantarse,  
de deshacerse en canto apalabrado,  
el que, en su fiebre de fantasías,  
no da tregua a su lápiz,  
el que siente uncida,  
por no sé qué extraños vínculos,  
la lengua y sus objetos portentosos  
con el afán redundante  
de su respiración,  
y el que un día sí y otro también,  
convierte en voz en cuello  
el nudo en la garganta.

### **Instrumentos de trabajo**

Antes de la computación,  
yo tenía principalmente tres instrumentos de trabajo:  
un lápiz, un sacapuntas  
y una corteza cerebral con las neuronas  
desgreñadas.  
Ah, y también un borrador,  
refugio de mi espíritu crítico,  
que era algo así como una activa e infatigable  
fe de erratas.

Para coincidir con el nombre de poeta  
—coincidencia tan difícil  
como el encuentro,  
en el punto floral de lo fortuito,  
de las avanzadas del deseo  
y los suburbios de la satisfacción—  
he llevado en varias ocasiones,  
a pie o en metro,  
al medio día o a las altas horas de la curiosidad,  
a mis instrumentos de labor  
a parques, mercados, concentraciones callejeras,  
pocilgas, palacios  
para que aprendan primero y denuncien después  
la forma esencial  
de la jodida ruta en la que andamos.

¡Mis instrumentos de trabajo!

Primitivos, elementales, premodernos.  
Podría decir: la edad dorada  
de la edad de piedra.  
Prolongación inicial, balbuciente,  
de mis sentidos.  
La inspiración,  
consciente de que la recta  
es la mejor paloma mensajera  
entre dos puntos,  
alienta en ellos el aleteo  
que la arroje rápidamente  
a la hoja en blanco.

El lápiz y su discreto  
afán de hablar en voz baja  
—con murmullos de plomo,  
poniéndole sordina a las exaltaciones  
de dudoso gusto—,  
andando de puntitas en los cuadernos,  
boletos de tranvía, esquinas de periódicos  
o minúsculas libretas que eran cofres  
de metáforas niñas.

La virginidad de la hoja de papel  
(voceando blancamente sus escrúpulos)  
que se entrega al final a los avances  
de una pluma que busca derramarse  
en orgasmos azules.

El borrador, mensajero de la duda,  
con un dedo en la boca  
que va hasta la raíz de la sordina,  
niega, con movimientos de cabeza,  
el paso dado en falso,  
la luciérnaga fundida de algún ripio,  
el afán estridente de tener  
la originalidad como la arruga  
principal de la frente.

El sacapuntas —siempre a la espera  
del útil averiado, mudo  
o solamente afónico—  
que sabe devolver a todo lápiz

enfermo de garganta,  
con su hábil cirugía rotatoria,  
la voz perdida, vuelta  
un grisáceo recuerdo evanescente,  
o darle la palabra  
a un hablar inhibido, roto,  
desnacido en el vientre del silencio,  
después de convertir en espirales  
de olorosa madera  
la infección que impedía  
sacar a la intemperie  
los sepultos aullidos de la entraña.

Para mí la poesía  
no es andarme por las ramas pergeñando flores  
y andarme por las flores pergeñando  
gorjeos del olfato.  
No. Mi poesía es de armas tomar.  
La escribo con los puños y los dientes.  
La nombro, en mis días de muina,  
comandante de mis exaltaciones.

La llevo a todas partes  
como un poco de viento en la bolsa de mi blusa,  
y la suelto donde sea  
para que al tornar a mí  
traiga partículas de mundo  
hasta mis sienes.

Una poesía así necesita  
de unos instrumentos de trabajo  
que deben recibir su diario  
mantenimiento,  
dejarlos a salvo de los arrumacos de polvo  
del medio ambiente,  
ponerlos en un lugar húmedo,  
cuidarlos.  
No se deben emplear  
para hacer falsas guerras en el cielo  
con fuegos de artificio.  
Su función es más bien  
la de encontrarse siempre conspirando,  
secreteando vocablos destructivos

contra los poderosos, y a las órdenes  
de un corazón en llamas agraviado  
por el verbo *sufrir* que, acompañado  
por sus conjugaciones todas, hinca  
sus dientes en la piel del infortunio.

Corazón, barricada  
de todas mis pasiones, necesitas  
un puñado eficaz de mensajeros  
que conduzca los gritos de tu sangre  
al blanco de la página que forma  
la lira de papel, el altavoz  
del verso inolvidable que he soñado.

## II PARA SALIR DE LA CAVERNA

### Pasión por el saber

En mi amor por la filosofía,  
gozo con poner interrogaciones bajo las cosas,  
quiero adivinar en las flores y los frutos las raíces,  
el pedestal nutricio,  
la esencia subterránea,  
me fascina tener telepatía con la Esfinge,  
tomarle el pulso al infinito,  
hacerle la autopsia a la metafísica,  
contar todas, absolutamente todas las estrellas  
porque tengo los números necesarios  
para hacerlo.

Dos cosas me parecen indudables:  
que el cosmos carece de límites  
y que no hay en su interior extranjerías.  
Y también que no tiene fronteras ni arriba  
–en que la infinitud (como Saturno)  
devora sus finitos–  
ni abajo, en el mundo descomunal  
de las minucias,  
donde sienta sus reales  
lo invisible, la cara oculta de los ojos,  
el espacio mermado a las miradas  
por la voracidad de la miopía.

La filosofía me seduce,  
cuando la oscuridad me irrita y acobarda:  
hace que la inquietud, embarcada en la sangre,  
vaya de abajo arriba  
y su turbulenta viceversa  
hasta ya no tener ninguna célula  
que no esté tiritando.

Siento entonces que mis ojos,  
nublados por parvadas de cuervos,  
contagian de ceguera a mis neuronas

y dejan a mi materia gris anocheciendo.  
El "dar gato por liebre"  
que trae bajo el brazo el espejismo,  
más que intrigarme,  
me sobrecoge  
y entrega mi cabeza a la neuralgia  
pendular de la duda.

Para vivir, no me resigno con un pequeño trozo,  
confortable, del espacio,  
en el *aquí* que dice el dedo  
respondiendo a la pregunta por el sitio  
donde está la vivienda  
de este juglar del infinito.  
Y también con hallarme en el *tiempo*,  
en el constante *ahora* que el reloj obsequioso  
nos da como presente,  
como discreto punto  
que, en busca del individuo,  
se aísla en las entrañas de la línea,  
saborea su pronombre,  
enarbola su identidad  
sin dejar de encontrarse en el convoy  
que construye y destruye los instantes  
que van a toda máquina.

Ayer dije:

*Hay espacios que nacen, viven, crecen,  
se reciben de tiempo. Son espacios ancianos,  
a un paso ya muy niño de la muerte.  
Modelado de historia y de materia,  
el espacio requiere de su biógrafo  
que arroje las leyendas y lo trate  
como hermano de todos en el tiempo,  
nativo del gerundio y compatriota  
de todo lo que se halla,  
si olvidamos la efímera existencia,  
a una cuna tan sólo del sepulcro.*

Viviendo en el espacio,  
en las tres dimensiones de mi angustia,  
y siendo devorado poco a poco

por las pirañas que el reloj vomita,  
pregunto por la esencia,  
por la almendra velada  
a la voracidad de los ojos y los dientes,  
por el telón de fondo  
que jamás forma parte  
del elenco que actúa  
en la representación de la apariencia.

¿El mar es el *espacio* hacia el que fluyen  
los vacíos?  
¿La hoquedad infinita, la osamenta  
estructural del cosmos?  
¿Un campo roturado por la imaginación?  
¿El lugar de retozo de las tres dimensiones?

¿El *tiempo* es la canción de la Quimera?  
¿Una ilusión nacida  
de la prestidigitación de los relojes,  
del lamento infinito de las focas  
victimadas a palos,  
de la llave obsesiva que no puede  
permanecer callada, y tiene a flor de boca  
su gotear de segundos?

Por ahí, las inquietudes del filósofo.  
Por ahí el subir hasta la atalaya  
de la curiosidad,  
al Argos en que el hombre es transmudado  
por la filosofía.  
Por ahí los insomnios en que siento,  
encima de la almohada,  
una bacanal perpetua de preguntas  
y respuestas,  
los tormentos febriles de la lógica,  
la corona de espinas bajo el cráneo.

### **Minucias**

Cada quien –tú, yo– no es sino uno más  
de los entes que giran  
en revuelo inconmensurable de minucias

en las entrañas de lo absoluto,  
y sufren, marionetas del tiempo,  
los calvarios de lo relativo.

### Interrogaciones

¿Qué somos? ¿Criaturas que, al sacar a pasear a sus pies  
a lo largo y a lo ancho de la vida,  
sienten las tarascadas oscuras del arcano  
y viven la ceguera  
de toda menudencia de luz  
que suelte una rendija?

¿Peregrinar penoso que, a su término,  
a la vuelta del último suspiro,  
será recompensado con el goce  
(en algún arrabal del otro mundo)  
de un unguento de eternidad con la virtud  
de disolver bajo la piel  
cualquier tumor de tiempo?

¿O individuos que, arropados de carne,  
movidos por células inestables y sin freno,  
nos hallamos en la sala de espera  
de un castigo a perpetuidad  
que tiene como base y fundamento  
la descompostura de la compasión?

¿Viajeros que cargan en su fardo  
la amnesia de una extraña carrera de relevos  
en que el alma, estafeta  
que va de cuerpo en cuerpo,  
de bautizo en bautizo  
a los brazos abiertos de su consumación?

Oh muerte, ¿habrá que tomarte en serio?  
¿No ver en ti un punto y seguido,  
un golpe de timón,  
borrón y cuenta vieja,  
sino la incubadora del dejar de ser,  
el borrarlos del mapa,  
el desalojo del el pronombre en que vivimos

–señor en la burbuja de su tiempo–  
hasta dar en un hueco, que si es algo  
es la perfecta forma de la ausencia?

Oh muerte, ¿sólo habrá un vocablo  
–el vocablo *destrucción*–  
que dé cuenta fiel  
de la faena cotidiana que realizas  
en el mundo:  
la fina artesanía de la pulverización,  
la permanente asfixia de los pulsos,  
el zigzag de tu apero de matanza  
que arroja al precipicio  
carretadas de nombres,  
huesos, carroña, polvo  
y el inútil afán del epitafio  
agarrándose de uñas y de dientes  
a la pobre eternidad  
de la escritura?

## Interrogaciones II

¿Qué somos? Ni las epístolas paulinas,  
ni Agustín de Hipona,  
ni la intrusiva arrogancia de la escolástica,  
ni algunos pensadores árabes o judíos,  
pudieron implantarme la fe  
–sembrándome en la arcilla del temor  
la invisible semilla del portento–  
y convencerme de que el sustentáculo,  
la nuez,  
la base  
de este valle de lágrimas  
se encuentra en un allende  
que tiene su pasadizo de entrada  
en la Tora, el Evangelio o el Corán.  
Ya lo dije: *Nada ha podido convencerme  
de que existes,  
Dios.  
Ni la prueba ontológica,  
ni la de la contingencia,  
ni la de la causalidad.*

*No han podido persuadirme,  
con su santa saliva,  
ni San Anselmo,  
ni Santo Tomás,  
ni Gratry, ni Gioherti, ni Rosmini.  
Ni siquiera,  
te lo confieso  
el **Aleluya** de Handel.*

Nadie ha podido convencerme  
—ni el gran poder de persuasión  
endecasilábica de Dante—  
de que, tras de pagar el precio de siempre  
—el último suspiro—  
se abrirá a nuestro paso una ultratumba  
formada por tres mundos:  
uno en que tiene lugar  
la apoteosis del sufrimiento  
que engendra esa tortura a perpetuidad,  
sin tregua, ni respiro, donde no se permite  
ni el instantáneo paraíso de un reposo;  
otro que es tan sólo un lugar de paso,  
el morboso retraso de la dicha,  
el capullo del punto y seguido  
hacia la buenaventura,  
y otro, en fin,  
donde la flor derroca a las espinas  
y el sufrimiento deja definitivamente  
de respirar.  
Nadie ha podido convencerme  
porque tengo para mí que los gusanos  
se zampan, voraces,  
el infierno,  
el purgatorio,  
la gloria.

Nadie ha podido.

### **Comentario**

Un crítico, comentando mi obra,  
no ha mucho, apuntó  
*Enrique anda a las patadas con Dios,*

*se planta de hinojos ante el infinito,  
dirige su batería antiaérea contra el cielo,  
y es un poeta místico al revés:  
no levita ni entra en éxtasis con sus poemas,  
sino que para cantar se sumerge en el cieno,  
en las profundidades del aquende.*

Quizás mi crítico,  
había leído y recordaba  
aquel poema,  
aquella anti-plegaria que pergeñó mi pluma  
cierto día:  
*Materia estás en insondable desventaja  
con la divinidad.  
Nunca has enviado un hijo tuyo a redimiros.  
Nunca has sido crucificada.  
Nunca serás un laboratorio de milagros.  
No hay una sola iglesia en el globo terráqueo  
dedicada a glorificarte  
ni a ensartar, flechadora del cielo,  
las preces en los tímpanos escurridizos  
de la primera causa.  
No existen plegarias con los pulmones de nunca acabar  
para invocar tu nombre.*

*En ningún púlpito se leen versículos  
de **El origen de las especies**.  
No hay un solo canto gregoriano  
que hable de los trilobites  
o del ácido desoxirribonucleico.  
En las pilas de agua bendita  
nunca hay agua de mar. Nunca hay oleaje.  
En los órganos, ahítos de Divina Providencia,  
jamás se escucha la música de los astros  
y el ruido y sus armónicos  
del vendaval que derrota al follaje y al silencio.  
No nos prometes otra vida,  
tener, de corazón, un ave fénix,  
ni liberar al tiempo que se encuentra  
en el punto final acurrucado.*

*Estás en insondable desventaja  
con el Señor de lo ápices y galaxias*

*porque tu pesebre está perpetuamente crucificado.  
Pero tienes ganada la partida,  
pues ¿qué puede el Rey de Reyes,  
el ser que padece delirio de absoluto,  
el ente que presume conocer la ecuación de lo perfecto,  
frente a ti que, siendo la clave para descifrar todo enigma,  
siendo el campo de matanza de las huestes de Heráclito,  
te deslizas o corres, sudando eternidad,  
sin dar nunca de bruces  
en una dilución o un epitafio?*

### **Mi amor por la filosofía**

Es mi pasión por el agua  
que, desde el manantial, luce la valentía  
de la transparencia,  
rompe con la turbiedad de las falacias  
y rechaza los sofisma de la espuma.

El charco de agua sucia  
oculta lo que géstase en su fondo,  
establece un pacto con los ojos cerrados  
y proclama sin pudores la verdad  
de la falsa apariencia.

Lo que realmente calma mi sed,  
y devuelve a su centro el alma mía,  
no es el líquido que está frente a nosotros,  
sino su diafanidad,  
su honradez de agua sincera.

### **Un ejemplo**

El que, como me aclaró  
mi primer maestro de filosofía,  
el *reposo* sea relativo  
y el movimiento *absoluto*,  
me parece claro como el agua,  
como la desnudez sin pudores mojigatos de lo indiscutible,  
como la pila de agua bendita  
de la evidencia.

## El pequeño escándalo

Las cosas son como son.  
El ser que las amasa, las contamina.  
Ellas no tienen la más mínima posibilidad  
de incomodar al destino  
y desoír su mandato.

Algo de los hombres y mujeres  
cae más del lado de aquéllas, que de la autonomía, el arbitrio  
y la albañilería de los sueños.

Mas, dentro de ciertos márgenes,  
es el ser humano un dios de lo posible.  
No puede alterar el curso inexorable,  
terco, testarudo, de la ley física.  
Pero a veces le es dable  
levantar la mano, tomar la voz,  
y ejercer el pequeño escándalo cotidiano  
de la elección.

La necesidad, perpleja, no sabe qué hacer:  
algo se le va de las manos –no mucho, claro es,  
si lo comparamos con un cosmos  
que se extiende a lo largo y a lo ancho  
de su propio infinito–,  
y adquiere un vivo aspecto fantasmal  
de suburbio o barriada de país maravilloso,  
en que Alicia, creciendo y decreciendo  
en proporción inversa de su mundo,  
vivió la más sorprendente orgía de las formas.  
Hablo de un ámbito más cercano  
a los asombrosos juguetes de lo sobrenatural,  
que a la ciega obediencia del efecto  
a las órdenes dictadas por la causa.

Los humanos no pueden someter a su capricho  
los tremendos motores de la fatalidad  
o los vientos graníticos de la persistencia,  
y entonces no les queda más recurso que enmudecer  
o nadar a contracorriente  
cara a cara a lo imposible.  
Pueden tratar de combatir la omnipotencia de las leyes,

de conquistar para sí cada vez más litorales.  
Pero también tendrán que saber a qué atenerse,  
percibir el aullar resignado del *ni modo*,  
y no dar pasos en falso.  
La prédica del filósofo aquí termina.  
El sabe evaluar con precisión nuestros límites  
y la pequeñez de nuestros gritos.

### **Papel de la poesía**

La poesía toma entonces la palabra.  
Hace llorar a las velas  
durante los velorios.  
Embadurna de plata a media noche  
el lago al que se arroja una metáfora  
que produce un sin fin de círculos concéntricos.

Hace emigrar colibríes,  
mariposas y flores insospechadas  
a los pabellones del cáncer.  
Le dice, socarrona, a las cigüeñas  
que vuelen en parvada hacia las tierras  
infértiles del mundo.  
Ante tal galería de portentos,  
la envidia entra en los dioses  
como Zeus en su Olimpo.  
La poesía,  
a través del microscopio o el telescopio  
de su vista versátil,  
puede ver cómo las deidades  
ponen al sol su ropa sucia  
en los tendederos de la perfección.  
Puede ver cómo al interior de una lágrima  
–veladas por la misericordia  
de lo invisible–,  
hay centurias de sufrimiento,  
pestes, guerras.  
O cómo, hacia el futuro,  
la libertad, antes envuelta  
en su ceñida túnica de límites,  
se empieza a desnudar.  
El poeta, dios de lo imposible,

descompone las reglas,  
pisotea los hábitos,  
hoz en la mano, siega  
los lugares comunes,  
deshace todos los nudos ciegos  
incapaces de ver más allá  
de su humilde programa,  
fabrica un mundo imaginario  
con la materia prima del verdadero.  
A manotazo limpio,  
desarticula las pretensiones monárquicas de la lógica  
y deja hablando solo entre las ruinas  
al orden existente.

### III ENCLAVE MUSICAL

#### Frustración

Músico frustrado,  
giro desafinado de belleza,  
ave canora con las alas de su trinar cortadas,  
falta de inspiración de pentagrama en blanco,  
eso he sido durante mi entero tiempo.

¡Cuántas melodías me surgen  
en las entrañas del cerebro  
–como ámbito que encierra todo un coro  
tras la puerta cerrada de los labios–  
que desconocen el camino  
que va desde el íntimo tarareo  
al escenario del papel pautado!  
¡Ay, cuántas vivencias mías  
–piruetas de cristal en el viejo violín de León Felipe–,  
se esconden en la clave  
de un sol crepuscular o de alborada,  
o se guarecen del oído mediocre  
en los cuartos de tono  
de la audacia!  
¡Cuántas piden la interlocución del clarinete  
o el relámpago oscuro del timbal!  
¡Cuántas, tras de acceder,  
en el clímax ganado por el fuego,

a la cumbre del agudo,  
se deshuelan cual Ícaro de notas  
que llegan hasta el bajo profundo del subsuelo!

No puedo vivir, para decirlo pronto,  
sin la música de que están hechas las cosas,  
además de los átomos, moléculas  
y su correspondiente falta de sentido:  
sin el jadear de los aires  
sobre la excitación de una maleza  
que se abre a los apremios,  
sin el nostálgico rechinar  
de las puertas ancianas,  
sin el gallo que guarda todo el amanecer en sus entrañas,  
sin las fugas de Bach que el mar concibe  
como oleaje a tres voces  
en el atril pautado de la costa.

### **No me atrevo**

La timidez, ensartando  
una neurona tras otra, no me deja  
salir a la calle acompañado  
de un pequeño timbal, hecho por mí,  
que, al redoblar, refuerce mis palabras  
y exalte la emoción que, deslucida,  
corre –les aseguro- por mis versos.

¡Que alegría salir una mañana  
con la boca atestada de metáforas  
y al soltar la mejor  
–la que fue la montura  
de la luz comprimida hasta ser perla–  
oír cómo el timbal, presto, prohíbe  
que el olvido realice su habitual  
redada de vocablos!

### **Autocrítica**

Músico frustrado –ni siquiera un virtuoso  
de mi pobre silbido–

un día tuve  
uno de esos serruchos  
que se creen turpiales en su rama,  
una flauta a la que arrojé mi niñez entera  
y un violín del que sólo pude entresacar  
el maullido ancestral que guarda en sus entrañas  
y el chirriar quejumbroso de la puerta  
hacia el fracaso.

### Voz

Cuando fui con el maestro Agustín Beltrán  
a que me hiciera una prueba de voz  
—porque me imaginaba que entre el habla y el grito  
había un pequeño predio reservado a tus locuras, corazón—  
el maestro me dijo:  
algo se puede hacer contigo,  
tu voz no es bella, pero sí peculiar,  
tu timbre, si la desarrollas,  
se hallaría en medio de McCormack y Martinelli  
que, aunque no son rosas o amapolas heroicas del *bel canto*,  
sí son exóticas orquídeas degustadas  
por los paladares exigentes de oídos educados.  
Pero tienes que dedicarte al estudio,  
abandonar tus devaneos por la poesía,  
la filosofía, las mujeres y, más que nada,  
la política.  
Me quedé, pues, con las ganas de cantar.  
Opté por un modesto silencio  
que prohíbe a las palabras  
trascender de la plática al aullido,  
por el discreto canto de los versos,  
y por el dolor de garganta,  
que cargo desde ese lejano día  
en que el maestro Agustín Beltrán  
me dijo que algo se podía hacer conmigo.

### Escalas

Toco algo de piano.  
Puedo así divisar de lejos a Liszt,

saludar de mano a la Chaminade,  
mirar de reojo a Juan Sebastián,  
acompañar por un instante y un trecho del camino  
a mis camaradas Schubert, Mendelssohn, Schumann.  
Sorprender una conversación secreta  
entre Haydn y Mozart,  
sintonizar mi pecho con las exaltaciones de Beethoven,  
sorprender a Johannes Brahms murmurándole a Clara  
sus amores, sus odios y otras confidencias.

### La música y el mar

Qué felicidad oír  
las olas que en tonalidad cambiante,  
modulando de una vivencia a la otra,  
irrumpan en la playa,  
dan en los hoyos de los cangrejos,  
los convierten en minúsculos cofres de tesoro  
rebosantes de espuma  
y dejan sus escalas musicales  
regadas en la arena.

Qué felicidad oír  
con atención melómana  
cómo, hacia el medio día,  
la espuma y sus arpegios de cristal  
se broncean tomando el sol mayor,  
hasta dar con el *fa sostenido* que reconstruye  
el tetracorde de agua y de burbujas, en que estalla  
el trinar de los peces voladores.

### **III DIA DE CAMPO**

#### **Sin olvidar el vino tinto**

Me seduce la naturaleza.  
Me encanta sacar a mis cinco sentidos  
de día de campo.

#### **Arrojo**

Soy dado lo mismo a subir a la cima de un monte  
para enjabonarme las manos con las nubes,  
que ponerle zancadillas a los vientos  
hasta tener, vencido,  
un suspiro empuñado.

#### **Lugar común**

Me apasiona sorprender el infinito  
cantando sus mismas melodías  
hasta en los más alejados escondrijos  
del cosmos.

#### **Despropósito**

Estoy dispuesto a cambiar la cuarta parte de mis más queridas palabras  
por un claro de luna, una puesta de sol  
o el trueno que descuartiza el cielo por un instante.

#### **Nacimiento del mar**

Emerge en un acto de piratería:  
cuando la sal se arroja al abordaje  
del agua dulce.

## Caracol

En él se refleja mi pasión  
de llevarme el océano a mi departamento  
y convertirlo, domeñado,  
en una de mis pertenencias,  
como en aquel viejo poema,  
*El año primero del mundo sin mar,*  
donde digo:  
*A escondidas*  
*me llevé el mar a mi departamento.*  
*El robo del siglo*  
*fue a las tres de la madrugada...*

De aquel mar secuestrado  
hoy sólo conservo, guardadas en mis ojos  
–por si la adversidad toca a mi puerta–  
dos gotas solamente.

## Una mala palabra

Texto de juventud que vuelve a tener actualidad.

*Amanecí*  
*con una mala palabra en la punta de la lengua.*  
*Era un pequeño mitin de saliva*  
*rabiosa. Una jauría*  
*de gérmenes de muerden los talones*  
*de sus propias mandíbulas.*  
*La grabación de un rechinar de dientes.*  
*Un pasarse la noche*  
*más oscura del alma*  
*con el furor en vela.*  
*El más feroz estado de ánimo de mi puño.*  
*En verdad un bellissimo vocablo:*  
*la canonización de una blasfemia.*  
*Me arrojé hacia el olvido, hacia la pluma.*  
*Reuní rápidamente en el espacio*  
*de esta hoja, montañas, ríos, prados,*  
*la veleidosidad de los colores*  
*que busca mi alfiler coleccionista,*  
*la cabra montaraz que es en la roca*  
*la flor del equilibrio; el abejorro*

*que le permite rechinar al cielo.*

*Pero sentí de pronto que debía  
sacudir la cabeza  
y desenmarañarme las neuronas,  
mover cabeza y lengua  
hasta que la palabra  
resbaló a esos renglones  
como si el "rompan filas" de la muerte  
diera en el centro mismo del espejo.  
al caer en el cosmos del poema,  
en su fina estructura de reloj emotivo,  
esta dura palabra  
con la que desperté,  
vuelve un entrenamiento guerrillero  
lo que intentaba ser día de campo.*

### **Mirar el universo**

Nacer. Saltar del capullo materno  
a la respiración.  
Ir de una oscuridad sin ojos  
a una luz que bautiza  
la mirada.  
También: llegar al mundo  
con todo y rodillas,  
y pies con diez urgencias de camino,  
y ganas de verlo y conocerlo todo,  
y pupilas que luchan por evadirse  
de su corpórea cárcel  
mediante un aleteo  
de miradas.

La mirada, por un instante abeja,  
espiga en cada flor la miel de la hermosura  
y pone en ella a cambio  
el polen de su de su beso fecundante.

Se cansa. Se esconde en el cuarto oscuro  
de sus párpados.  
Ahí, emparedada de noche,  
no halla mejor cosa que dormirse.

Duerme. Sueña. Pero la curiosidad,  
pastora del descuido,  
mete raudales de luz por las rendijas  
de los ojos;  
despierta, siente hormigueos en las alas,  
y vuelve a su trajín:  
sube a los árboles,  
desmigaja las nubes,  
traza rayas invisibles entre el asno  
que carga en lomos el paisaje entero,  
el papel de periódico que aletea  
tratando de sacudirse el viento,  
la niña que sale persiguiendo su sonrisa  
con su cazamariposas  
y el punto más azul del universo  
que se halla sobre el mástil del impulso  
de atravesar los mares.

Ansiosa, se pone las botas de siete leguas  
del catalejo,  
llenándose los ojos  
con las piedras preciosas  
del vidrio aumentativo.  
Corre a no sé cuántos espacios por deseo.  
Vuela como una parvada de preguntas  
o mendrugos de preguntas,  
y le gana dominios al *afuera*  
que tiene en lo invisible sus campos roturados,  
al arrecife de la extranjería,  
a la tierra abonada  
por el oscuro grano del misterio.

La mirada hace el amor con el espacio,  
seduce las puertas hasta abrirlas,  
obliga a las cerraduras a escupir sus llaves.  
Si está sin lentes,  
sin la compasión de las muletas,  
va de tumbo en tumbo,  
cayendo de bruces en alguno de los hoyos  
de sus inmediaciones.  
Tropieza con su sombra,  
con un perro,  
con un insolente muro a mitad del entusiasmo,

y cae de narices en la tierra  
de su propio fracaso.

Se levanta. Se limpia el polvo.  
Se sacude el infortunio.  
Va a tientas. Da palos de ciego.  
Aúlla. Mueve en redor las manos  
hasta hallar unos lentes.  
Apenas se los pone,  
con la luz resucitada,  
la apariencia se deslía y corre a formar parte  
del pequeño listado  
de cosas indudables, tan ciertas  
como la hormiga que carga en hombros  
el sentido de su vida,  
el zurcido que deja en el pasado  
los huecos, las ventanas, los aullidos  
de la tela.  
Pero qué poco ve. Cuánto se oculta  
a su inquirir sin tregua.  
Impotente, tiembla porque no le es dable recorrer  
los secretos palacios que guarda en su interior  
el más pequeño gránulo de tierra,  
gime por no poder vislumbrar a través del pájaro  
la anatomía del trino,  
llora porque le es imposible ver la savia  
—que está sólo a una flor  
de hacerse fruto—  
oculta por un tronco discreto y reticente.

Corre hacia el microscopio  
y se asoma al abismo.  
Descubre una perpetua masacre de fronteras.  
Da de pies a boca con los pudores  
crecientes del eterno  
afán de dividirse.

Tras de dejar la magna arquitectura  
de las minucias,  
la invisible pupila del ojo de la hormiga,  
oye rugir al cielo, y al llamado  
del cósmico despliegue  
de palabras mayores,

se encarama a los árboles  
para intentar hacer una redada  
de estrellas. Es inútil.  
Quizás el telescopio le permita  
arrojar a la más profunda de las lejanías  
su encendido reguero de preguntas.  
Pero el telescopio nos convierte en guiñapos,  
ápices desnutridos, basura de universo,  
criaturas superfluas, prescindibles,  
con un intenso dolor en las rodillas  
de su inútil plegaria.

Tristísimo animal,  
miope, legañoso:  
aunque laves tus ojos con lágrimas de lince,  
aunque cuelgues tus miradas  
de lejanísimos planetas,  
aunque halles en el microscopio  
las pequeñas mentiras de lo invisible,  
eres irremediabilmente miope,  
con un cero a la izquierda agazapado  
entre tus párpados.

Tristísimo animal es tu miopía  
polvareda sin brújula,  
camino con los pies amputados,  
báculo paralítico e inservible,  
prisionero de su propia cojera;  
infinito embarcado en los bajeles  
del eterno alejarse.  
La miopía, azuzada  
por la ceguera, rehúye separarse  
de su pupila,  
le asusta lo que haya más allá  
de lo *cercano*,  
teme salir sola a la calle  
y estrellarse de pronto  
con paredes de bruma impenetrables.

Triste animal,  
perpetua y lastimosamente  
miope,  
miope hasta para dar con las virtudes

de la ceguera.  
Puedes ver, sí, más allá de tus pestañas,  
hacer un viaje redondo  
por tus alrededores,  
saltar a lo mayúsculo  
y escudriñar en tus cuencas oculares  
los más ciclópeos fuegos de artificio,  
o internarte en los laberintos decrecientes  
de las minucias.  
Pero nunca, lo que se dice nunca,  
nunca,  
nunca,  
puedes ir más allá de un ojo  
crucificado en el finito.

## IV LA CATEDRA

### Saberes

¿Qué caso tiene esconderlo?

Yo sé algunas cosas.

Pocas, pero dignas de colgarse  
en el perchero de lo estimable.  
Llevado de la mano de mis años,  
he acabado por saber  
algunas cosas.

Sé, por ejemplo, que un día  
se robaron el mar los caracoles,  
y eso que vemos ahí, más allá de las arenas,  
jugando a ser metáfora del tiempo,  
es más que nada, el *mar* de Debussy,  
y sus melodías son ondas que se mueven en flujos y reflujos  
fundadas en acordes que entrechocan  
hasta erguir la momentánea espuma  
del contrapunto.

Sé que un pedazo de pan,  
un pedazo de cielo construido  
por su nube interior,  
cuando está espolvoreado por el hambre,  
vale para el menesteroso  
que pepena en los basureros su supervivencia,  
todo un paraíso.

Sé también que los humanos,  
cuando advierten averías en la perfección de los dioses,  
revaloran sus órganos internos,  
embalsaman sus suspiros,  
dan de alta a sus rodillas  
y hacen de su pecho un camposanto  
de plegarias.

Sé que el Pero Grullo que llevamos dentro  
–viejo doctor en evidencias  
y escritor de redundancias–  
es el alquimista productor  
del agua transparente,  
el vidrio sin escrúpulos,  
la triste bobería del pleonismo.

No ignoro que con el ajedrez,  
el teorema de Pitágoras,  
la astronomía y sus juguetes descomunales,  
la lógica y sus reglas de tránsito infalibles  
y las fórmulas matemáticas  
que escurren de los ojos,  
alcanza sus orgasmos el cerebro.

## Optimismo

Aunque vivo un optimismo maltrecho,  
en bancarrota,  
que tiene los ojos puestos  
más en las ruinas que en la utopía,  
sé que un día lo tuyo y lo mío  
serán el vergonzoso pretérito  
del nosotros.  
Que los campos de batalla  
serán silenciados  
por la afonía de los rifles  
y cañones.  
Que el calentamiento del planeta  
no podrá impedir el enfriamiento sudoroso  
de las frentes,  
ni incinerar los ademanes  
de las manos arrojadas a la obra  
de su supervivencia.  
Lo sé. Lo creo. Y mi grano de arena  
se halla a tientas buscando  
su lugar en la historia.  
Cierto que mi optimismo ha muerto  
muchas veces;  
pero, por obra y gracia de no sé qué prodigios  
que diseña mi enfermo corazón  
entre un latido y otro,  
sabe que se precisa  
siempre resucitar al tercer día.

## Cápsulas

Como he acabado por saber algunas cosas  
(y las jaulas forman alas)  
tengo, con el magisterio,  
el gusto de soltar lo que se hospeda en los rincones  
de mis entresijos,  
amo los pizarrones, el trinar de los gises,  
el ir regando cápsulas  
en distintas barriadas de la curiosidad.

## Me gusta hablar de

Si alguien se descuida,  
le hablo de Karl Philip Emmanuel Bach  
y la forma sonata.  
Le muestro la influencia de las aporías de Zenón  
en Valery.  
Me gusta referirme al impotente sitio  
que ponen las iglesias,  
con grandes cañonazos y humaredas de incienso,  
a la fortaleza inexpugnable  
de un cielo inexistente.  
Le explico que la forma más sencilla de entender  
la *proporción dorada* es advertir  
que, en el centauro,  
el jinete es al caballo  
–que, encarnado en éste lo cabalga  
por las provincias del prodigio–  
lo que el centauro en su conjunto  
es al jinete.  
Le digo que el delirio de posesividad  
en las manos,  
el ademán de enjaulamiento,  
la antropofagia del pronombre,  
es el cáncer o el sida  
de la pareja.  
Le advierto que el amor,  
tal como existe,  
como anda tocando de puerta en puerta,  
o como se encuentra escondido  
detrás del desaliento,

es un amor enajenado,  
fuera de sí.  
desterrado de la pequeña fragua  
que hace la luz del mundo.  
Espejismo que humedece  
los pies de la fantasía,  
deseo minado,  
mentida fiesta de cascabeles  
antes del criminal asalto  
de la ponzoña.

## V LA LIBIDO TOMA LA PALABRA

### Adolescencia

Ayer, cuando mi calendario adolescente  
daba sus aturcidos y vacilantes  
primeros pasos,  
me hallé, en un recodo del tiempo,  
una vecina mía,  
con sabor a durazno en las mañanas  
y canela en las tardes,  
una muchacha con su canasta de redondeces  
que, jugando a la muñeca con su libido,  
tenía aburridos los pudores  
y unos muslos que no podían ocultar su preferencia  
por las tibias caricias de la intemperie.

Me habló en un idioma extraño  
—el de la excitación, después lo supe—  
y advertí que en mi carne  
brotaban úlceras de infortunio,  
gemidos de incompletud,  
tacto que se subía hasta el árida montaña  
de su propio alarido.

La fiebre me ganaba las manos  
hasta el delirio. Ellas  
buscaban satisfacer su sed  
en el riachuelo de un muslo  
o en la cascada de un cuello,  
pero jamás estaban satisfechas  
como la pregunta que choca una vez y otra y otra  
contra el muro del silencio.

Más tarde di con otra mujer  
y una más y otra y otra  
que envolvían sus miradas en el papel ternura  
de sus párpados.  
No me hablaban, como antes,  
con las caderas  
o el rumor infantil de los pezones,  
ni mis manos se citaban con sus piernas

en el escondrijo  
de un atrevimiento.

## Mujeres

Mujeres hay que pasan por la vida  
reorientando a los vientos,  
desactivando la erizada iracundia  
de las espinas,  
protegiendo las sienes  
de la rapacidad de la jaqueca,  
dedicadas,  
pacientes,  
a la pizca de sonrisas en los labios,  
o hallando el lado amable del desencuentro  
de los erizos.

Por eso se les ama.  
Por eso, en todos los altares que les improviso,  
o en los poemas en que ellas sacan  
a pasear su belleza,  
les rindo pleitesía.  
Por eso, si acoso sus bocas  
para hallar en ellas el sabor de antiquísimas manzanas,  
o confitura de ángeles,  
también lo hago para sorprender  
el acto de asomarse a la intemperie  
los efluvios o pedazuelos  
de su moralidad aturdida.

Cómo no las voy a amar,  
si en sus ojos se esconden  
—en el mínimo cielo de los párpados—  
mariposas nonatas, nidos  
de pequeños pegazos  
que se hallan a punto de saltar a comer  
su pastura de nubes,  
espacio donde se lee, entre pestañas,  
la púbera cigüeña  
de alguna insinuación.

## Actitudes

El monógamo es un ente sedentario,  
árbol cuyas raíces  
–sordas al canto con que las sirenas  
celebran el polvo del camino–  
masacran huellas y congelan pasos.

Con fobia por la calle,  
le horroriza salir a conocer  
otros semblantes del oxígeno.  
Se siente amenazado por lo ignoto  
y su costal de sorpresas,  
por el impulso aventurero de hallar de repente,  
en linderos imprevistos  
o en rincones jadeantes de oscuridad,  
el fulgor especial,  
deslumbrante,  
doloroso,  
del "amor de su vida",  
interdicto por alguna de las pendejas leyes  
que norman la existencia.  
Tiene las manos enjauladas.  
La fidelidad es su libro de cabecera.  
Su ley: que se tapien las puertas,  
las ventanas,  
los ojos.  
Su catecismo: no darle voz al deseo clandestino  
que está bajo la ropa,  
la piel,  
la carne viva.

Por su parte el polígamo  
no puede ocultar la nómada inquietud  
de sus zapatos –que tan sólo recubren  
dos trozos de viento.  
Hoy está aquí, bajo el manzano,  
seduciendo a las frutas con versículos  
tomados de la Biblia,  
mañana está en requiebros con la pera  
que no sabe cómo esconder sus redondeces  
en la rama sin viento.  
Ahora merodea un seno joven

que empitona el corpiño hasta hacerle  
desgarramiento suave, mas visible,  
y hace de la lujuria una palabra en llamas  
de todo diccionario,  
después halla en un pecho envejecido,  
derramado en el cuerpo (como una catarata  
de tibieza)  
la razón suficiente para hacer  
que los ojos, las manos y los pies del deseo  
vuelvan a las andadas.

Ni un camino ni el otro me seducen.  
Aún me hallo a la espera,  
al borde de la muerte,  
con un pie en el estribo de la nada,  
de que negocien la paz  
corazón y cerebro,  
que en el primero al fin bullan conceptos,  
cálculos,  
mendrugos de conciencia,  
y en el segundo estén las emociones,  
rojamente,  
latiendo,  
desgranando segundos  
como copos de tiempo.

## VI LOS COLORES ALADOS

### Vivencias de la tinta

En mi *Galería de cuadros inexistentes*  
mi pluma hizo la reseña,  
la descripción, con pelos, señales  
y metáforas,  
de pinturas imaginarias,  
de lienzos que no existen  
pero que  
–como jirones de alma  
sacados de las entrañas  
de los colores– podrían haber existido.  
Pinturas que, aunque nunca nacidas,  
y por siempre nonatas,  
podrían haber sido creadas  
si el genio intransferible de los pintores  
hubiera puesto manos al delirio.

### *La prisa de Remedios Varo*

*Seguida de su vieja institutriz,  
la muchacha lleva en la mano derecha  
un gran barco de papel  
y en la izquierda un charco que se le va derramando.  
Camina casi corriendo,  
No vaya a ser que alguien se le adelante  
En la creación del mar.*

### *Punto de vista de Dios de Giorgio de Chirico*

*Grandes moles de granito  
y construcciones mármol  
intercambian frías opiniones  
sobre la geometría.  
En la calle,  
un hombrecillo minúsculo,  
insignificante,  
desnudo –con su única pertenencia*

*(la sombra)*  
*regada por el suelo–,*  
*entreabre los labios.*  
*No se sabe si emite una plegaria*  
*o una blasfemia.*

### **Cultura de los ojos**

Amo la pintura y al artista  
que sabe capturar en su tela el instante  
ubicado exactamente entre la tarde y la noche;  
también a aquel  
que da lecciones de belleza a los ojos,  
cursos intensivos a las pupilas,  
y pone el analfabetismo de la ceguera  
en las miradas  
vulgares, comunes,  
de todos los días,  
que saltan de los párpados  
como monedas falsas.

### **Elogio a la transparencia**

Me entusiasma el retratista  
–digamos un Rembrandt–  
que realiza el milagro de que la apariencia  
no sea el muro infranqueable  
que le pone escondrijos a la esencia  
–y se pierde en los laberintos  
del adentro–  
sino una ventana con su virtud de hacer  
un afuera a la mano  
de los ojos.

### **El alumbramiento**

Me admiran, me sobrecogen  
las pinturas al óleo, las acuarelas,  
los dibujos al carbón,  
la mano como sierva

de la voz de mando del proyecto,  
el artista que, sufriendo tempestades en la frente,  
blande un pincel en que reverbera  
un infinito número de mundos  
imaginarios,  
y se acerca con delicadeza al lienzo  
que empieza ya a sufrir  
dolores de parto.

### **Inventario**

Libros, poesía,  
afán de conocer,  
música,  
paisaje,  
compartir saberes e ignorancias,  
pintura,  
mujeres,  
no agotan la galería,  
el inventario,  
el ramillete de amores, amoríos, deseos  
que son los argumentos de peso que me sirven  
para no asistir a la cita  
con la enfermedad terminal  
del tiempo encanecido, y con las horas contadas;  
al borde del despeñadero;  
para no escuchar los cantos de sirena  
de los gusanos,  
para no hacer el cambio de carne por memoria,  
para no darme por derrotado  
en lucha a las vencidas  
con la nada.

**ODIOS**  
**Segundo canto**

## El odio da sus primeros pasos

¿El aborrecimiento por algo,  
digamos el poder,  
lo cargan en su código genético  
algunos,  
y yo entre ellos?  
¿Con las miradas parpadeantes de cólera,  
el rechinar de dientes masticando su furia  
y los puños que gritan hasta desgañitarse,  
se arma el rompecabezas del odio  
que se presume está prefigurado  
en los genes?  
¿O se adquiere cuando un caníbal de libertades,  
depredador de pronombres,  
ejerce su profesión, suelta sus manos,  
y crea, rotura, fracciona  
este valle de lágrimas?

No lo sé. Pero mi odio inicial fue contra ese mundo,  
configurado de golpe por los brochazos de mi mirada,  
que me escindió del regazo materno  
y su tibia versión del paraíso.

No lo sé. Pero mi segundo odio fue contra la cuna  
y su vientre descarnado, anguloso y cuadriforme.

¿Qué diferencia con el seno materno  
donde lo circular,  
el itinerario habitual de las caricias,  
dominaba la forma!

La cuna era un pequeño y apretado recinto  
más propio para estudiar geometría  
que para contener los precoces esfuerzos del ser  
en el largo recorrido a deshacerse.

Por eso muy pronto intuí  
que la cuna no era otra cosa,  
veladamente, claro, que un ataúd niño,  
donde tiene lugar el primer festín de larvas  
de la idea de la muerte.

No lo sé. Pero mis primeras pependencias  
las tuve con una sonaja  
que manipularon mis padres y una turbamulta  
de monstruos bonachones

haciendo trizas la pacífica atmósfera que dormitaba  
sobre mi cuna.

Cómo me aturdía ese utensilio  
–engendro de matraca enloquecida  
y veloz colibrí motorizado–  
que saltaba, amenazante, sobre mi cabeza  
como asteroide en llamas  
y me aturdía con su estrepitoso  
y estridente gorjeo  
de pajarraco obsesivo.  
Cómo mancillaba –chivo en cristalería,  
baraja de más en el castillo de naipes–  
mis sueños infantiles.

Presumo que –al ofrecerle un silabario de música  
a mis oídos–  
deseaban tenerme contento,  
quietecito,  
apaciguado  
para que no encontrara entre mis manos  
la redondez de un puño.

### **Lista negra**

Muchos fueron mis odios.  
Entre ellos vienen a mi memoria:  
el olor del incienso, la fiesta taurina,  
el box, los eructos de los ángeles,  
las baladas urbanas  
de letra machista, clasemediera  
y aguardentosa,  
el *saragarcismo* de las familias,  
la cebolla, el ajo  
y la cursilería,  
las aguas negras de la política nacional,  
los anuncios en la radio el cine  
y la televisión,  
la acción empresarial  
de dar los vidrios de colores del salario  
a cambio del oro de la explotación,  
la Academia de la Lengua,  
las mafias literarias,

la hipocresía –que sale, con el cínico, del closet–  
o el cínico introvertido, agazapado  
en su máscara hipócrita,  
los déspotas, descomunales o invisibles,  
que suben peldaño a peldaño  
por su delirio de grandezas  
hasta creerse, en la cúspide, las deidades  
encargadas de regir los movimientos  
de los superlativos en el cosmos.

### **Edad del crecimiento**

Mis odios fueron creciendo,  
cumpliendo años,  
incumpliendo propósitos,  
dejando la adolescencia  
en las inmediaciones de la boca  
de un amor imposible.  
o en la escena espectral de un entusiasmo  
muy pronto encanecido.  
Ahora mis odios se han multiplicado,  
han echado carnes y recogido velas.  
Han desbordado los límites de toda presunción.

Pueden ver frente a frente a los titanes.

### **La corrupción llega al lenguaje**

Para arrojar  
la granada de mano de un buen verso  
(con los ímpetus alados de una mentada de madre)  
contra los déspotas, patriarcas del hogar  
o cualquier jefecillo burócrata  
mareado al subirse al ladrillo de su puesto,  
a veces no encontramos mejor nombre para llamarlos  
que el de *alimañas*.

Alimañas porque,  
antes de vociferar en público,  
y oriundos de alguna comarca de la hipocresía,  
untan sus labios de miel

–o de crema de cacao, con que tratan de eliminar  
las grietas de sus labios y palabras–  
para dejar flotando en el ambiente  
sus falacias de saliva.

Alimañas porque buscan adueñarse  
–ayudadas por un guardarropa de eufemismos  
que le tuercen el brazo a los vocablos  
para hacerles cambiar de sentido–  
desde invisibles minucias invaluables  
–pepitas que se acurrucan  
en el mundo prodigioso del infinito pequeño–  
hasta ese sembradío de palabras mayores  
que se extienden en el cosmos.

Alimañas porque dejan salir sus bajos instintos  
hasta adquirir la forma acicular que traen consigo  
sus dedos y sus actos.

#### Alimañas

porque cargan a flor de piel un sadismo  
que hinca sus raíces en un demonio  
adicto del azufre, el genocidio  
y el corazón en llamas  
y se creen con el derecho  
de dar manotazos en el futuro de la especie.

A todos los enemigos del hombre  
–terroristas de estado, explotadores,  
señores de la guerra, vendepatrias–  
les llamamos chacales o buitres.  
Pero ¿por qué echar lodo, suciedad,  
estiércol anímico, sobre estos animales?

El chacal es un mamífero carroñero,  
un hambre itinerante,  
que mata o hinca su voracidad  
en la carne de la res malherida,  
porque en ello le va la existencia,  
la salud amenazada por el vientre vacío,  
o la muerte carnívora que ronda  
cualquier señal de vida.

Víctima de la necesidad, no del sadismo,

de la lucha por sobrevivir, no del poder y el lucro,  
el ave de rapiña, parangonada con el hombre,  
es un ángel, ángel carnicero, si se quiere,  
esperpento santo,  
o ángel demoníaco que aletea,  
o deja de aletear  
al escuchar las voces apremiantes de su instinto,  
ángel oloroso a carroña  
pero también a incienso.

¿Por qué dar, entonces,  
a los trogloditas de la especie,  
a los que padecen elefantiasis del yo,  
a los que sueñan con ser la peña indestructible  
de un mar avasallado,  
a los sátrapas que cuelgan de sus mangas  
los manotazos de sus órdenes,  
a los criminales que corrompen la paz  
hasta convertirla en tan sólo una tregua,  
y a quienes, venidos al mundo vacías las manos  
y ahuecado el corazón,  
luchan a dentelladas por ser dueños de todo,  
el nombre de gorilas o de perros,  
de arañas o de tigres?

Los llamarnos así porque a los animales  
—a las pobres criaturas que,  
al nacer, sólo obtuvieron  
el minúsculo predio del instinto—,  
los cortamos a la medida  
del caos que se incubaba en nuestro cráneo,  
ponemos en ellos, corno en todo,  
nuestra demencia extravertida  
o la apretada partitura  
de nuestro eco.

Les arrojarnos la pudrición  
de las pasiones humanas,  
les atribuimos tarascadas de más,  
les arrojamos basura  
que no emana de su interior,  
sino que brota de una razón obtusa,  
enclenque,

que, con toda su instalación eléctrica fundida,  
da de bruces en su propia ceguera;  
razón que, ante los intereses que la dominan  
a control remoto, doblega la cerviz,  
escupe coágulos de lógica  
y tose silogismos.

### **Vientos que azotan la torre de marfil**

Acicateado por el odio,  
sueño con hacer una poesía política  
que poco a poco se vaya enfureciendo  
hasta hacerse insolente,  
con la iracundia en vez de lengua,  
más encabronada que sutil,  
más Neruda que mano delicada  
que pone sus hai kús en pétalos de rosa.  
Una poesía política, dije, una poesía  
que se levante en vocales incendiadas  
contra el orden existente,  
una poesía hecha más que para leerse  
en voz baja o en voz alta,  
para aullarse,  
una poesía que repugnará a los poetas  
que viven de comer geranios  
esculcarles los bolsillos al pinzón  
o que se dedican a seguir las huellas  
del unicornio de las ocho treinta.

Repugnará a los críticos que piensan  
que el más ridículo de los ademanes  
es levantar el puño,  
que el más absurdo de los escritos  
es narrar cómo el corazón del poeta  
tiene en ese puño el micrófono personal  
para hacer de su furia, furia al viento,  
o aullido de la especie humana,  
y que la más patética de las actitudes  
es la del rebelde que se da a la búsqueda de los guijarros  
que huelen a muerte.

Aunque no pocos críticos,

poetas y lectores se compadezcan de mí,  
o se mueran de envidia,  
y mi nombre aparezca  
más en un listado de terroristas que de poetas,  
no puedo morderme la lengua y tragarme la tinta  
para ocultar que hay no sé qué vasos comunicantes  
entre la llamada poesía pura  
(aquella que se canta a sí misma)  
y la masturbación.

El esteticismo es una suerte de miopía  
preñada de ceguera, que produce  
un saqueo de grandes porciones de mundo,  
y delirios en la derecha mano.  
Quien advierte que el viento  
no es sino una carrera de caballos invisibles,  
que la flor, al inicio del día,  
pone en los pétalos de la metáfora  
gotas de rocío,  
que los cocodrilos no sólo lloran sino suspiran,  
y no sabe de la cabaña pobre,  
de los niños crucificados por el hambre,  
de los mendigos que,  
con el estómago en la mano,  
aúllan mendrugos de caridad,  
se halla enfermo de esteticismo,  
envenenado de hermosura,  
víctima de malos vientos  
que vienen del parnaso.

### **Consejos a mi pluma**

*Para Paloma Saiz*

Escúchame: amo aquella poesía  
que se escribe en las trincheras,  
a la luz de los fogonazos del odio;  
aquella que, si primero  
nace como el aullar  
de lobeznos perdidos en el cosmos,  
madura al convertirse en lanzallamas  
de fonemas corrosivos;

aquella que, tras de recibir instrucción militar  
en la poesía de Pablo de Rokha o de Neruda,  
hace que todas sus versos se encuentren  
a un veneno tan sólo de tornarse serpientes;  
aquella que, al soltar sus alaridos,  
su ráfaga de entrañas hacia el cielo,  
prescinde de la bisutería  
de la rima,  
aquella que, de la mano de la pólvora,  
tiene como blanco la destrucción,  
el estrago fecundo,  
el bendito borrón que parirá  
con dolor maternal la cuenta nueva,  
la luz recién nacida,  
la utopía en pañales  
donde por fin las ruinas  
alcen en hombros, victorioso, al humo.

Pero oye bien lo que digo: temo, repudio,  
el "mucho ruido y pocas nueces"  
de lo panfletario.

La poesía desfallece en el panfleto  
como el oxígeno se asfixia en la caverna,  
o la música de la verdad  
en la vocal desgañitada.  
Amo la poesía de denuncia  
–aquella que espera a los trabajadores  
a la salida de la fábrica  
para intercambiar saludos  
y planear cataclismos,  
aquella que si sabe cantar, también vomita;  
que si se anda en los aires pergeñando geranios,  
también tiene gatillos en espera  
del atrevimiento; aquella que...  
pero, mi pluma, dejas mucho que desear:  
vacilas, tropiezas con tus sílabas,  
y cuántas veces, ay, tartamudeas.

Dejas mucho que desear y yo querría  
que dijeras lo que otras callan,  
que fueses veraz, indiscreta,  
que te metieras en lo que no te importa,  
que supieses murmurar como los ademanes

y gritar como los puños.

Escúchame: no te quiero recibiendo consejos  
de los brazos cruzados.  
Ni pasiva, pusilánime,  
mirando las catástrofes  
desde las galerías de tu olimpo  
o los binoculares de tu musa.  
No te quiero servil,  
dándole por su lado a la derecha  
que opone al ansia de avanzar  
la dureza fanática del yunque,  
o que, al son de sus gregorianos  
rechinidos de dientes,  
busca meterle zancadillas a la historia;  
tampoco te deseo aplaudiendo  
a la izquierda *moderna*,  
(entregada, de tiempo completo, a su miopía)  
la izquierda que, peinada  
con las comillas de la sospecha,  
mastica el bilingüe bocado de saliva  
de la demagogia,  
o que tiene siempre a mano  
la disculpa mendaz, con su perfume  
de magnolia podrida,  
ocultando sus traiciones  
en los pequeños juegos de artificio  
que organiza la astucia de la lengua  
a flor de labio.

Atiéndeme: te sueño ágil, diestra,  
con la sensibilidad a piel de sueño;  
y blandiendo un fusil bendecido por el don  
de la buena puntería:  
que donde pongas el ojo  
pongas el epíteto corrosivo,  
la denuncia,  
el caos como primera piedra del empeño,  
el semen de la aurora.

## Nuevos consejos a mi pluma

*Para Paco Ignacio Taibo II*

Te quiero capaz de vislumbrar los pies de barro  
del sistema y su compleja arquitectura de mentiras,  
de salir a la intemperie, ferocidad al hombro,  
a desfacer entuertos y enmendarle la plana a los rosales  
que, pobrecitos, no saben redondear  
sino solo criaturas monocordes.

Ven acá: te quiero capaz  
de hacer que haya gatillos en tus frases,  
gatillos que, orientados por la mira  
del sapiente coraje,  
sorprendan a pupilas y entusiasmen a tímpanos  
con la deificación del ruido (en el estruendo)  
que extraerá de las ruinas otro mundo  
con las manchas de sangre  
de lo recién nacido.

Escúchame cabrona: que si hablas de Zapata,  
del Che Guevara, de Salvador Allende  
o de tantos, tantísimos otros,  
que levantaron en armas a sus muinas,  
lo sepas hacer con las frases apropiadas,  
justas, militantes, que seduzcan la atención  
y le pongan hormigas al descuido,  
con palabras inventadas desde hace siglos  
sólo para cumplir su cometido actual  
de develar artilugios  
y realizar una histórica masacre  
de máscaras, disfraces, fingimientos  
con que forma el poder sus escondrijos.

Mi pluma, como dejas mucho que desear,  
como eres iletrada, tímida, ingenua,  
y bastante torpe para hablar en público;  
como tienes, reconócelo,  
no sé qué debilidades por la retórica  
y crees que la mejor manera de sorprender al público  
es lanzar al firmamento los fuegos de artificio  
de tropos rutilantes

y subir el volumen de lo pregonado  
hasta la grandilocuencia,  
te voy a tener que someter  
a una fuerte y severa disciplina.

Durante mucho tiempo, pluma,  
tú y yo, tomados de la mano,  
asistiremos a marchas,  
concentraciones y mítines.  
Saludarás de corazón a las *adelitas*  
y recogerás, para alguno de tus poemas,  
las estrellas que arrancan del suelo los machetes.  
Yo te conduciré a las concentraciones para que aprendas  
a desgañitar la tinta  
que cargas en la garganta.  
Te llevaré, para que no te enamores,  
como Narciso,  
de ti misma,  
de lo que dices,  
de tu lengua formada de gérmenes de palabras,  
de tu forma tan personal  
de robarle parlamentos al silencio.  
Te llevaré, carajo, para que estés en contacto con la gente,  
para que sepas del calvario,  
el vía crucis,  
la crucifixión  
de todo humilde miembro  
de la especie.

### **La gula**

Ay , amigos, poderosa es la gula de dineros,  
utilidades, posesiones,  
casas, automóviles, playas  
o la lámpara de Aladino  
del cheque en blanco.

Quién que es no ha sentido los mordiscos  
del dinero carnívoro,  
la guerra a muerte,  
a holocausto de respiraciones,  
a egos encaramados a su propia idolatría,

de la competencia.

Quién que es no ha sido víctima  
de las olimpiadas del sudor asalariado  
y los maratones de la respiración.  
La guerra fría de los capitales,  
y el efecto invernadero que, emanando de sus bolsillos,  
ha terminado por generar el calentamiento  
del planeta.

Se compran y se venden dignidades,  
símbolos patrios,  
arcos de triunfo,  
las mejores mariposas del verano,  
capítulos de historia,  
puñados de aire,  
puentes que amordazan el divisionismo  
de los ríos,  
celulares que son cañas de pescar  
pedazos de universo.  
Reliquias de todos los imposibles.  
Los primeros vellos del pubis de una prima.  
Gomas de mascar que producen  
delirios instantáneos, y la incisiva caries  
de una culpa.  
Se venden y se compran venenos de toda especie  
y también la fe de erratas de sus antídotos.  
Mesas para tender sobre el cuaderno,  
bajo las miradas del lápiz y el borrador,  
el afán conspirativo de la poesía.  
Se compran y se venden ojos de cerraduras  
para que la curiosidad  
espíe las intimidades de lo vedado.  
O sumas que restan las multiplicaciones divididas.  
O la más completa colección de blasfemias  
en lo que va de la fe.  
Se venden o se compran armas con el fin de armar hasta los dientes  
los puntos cardinales y otros pedazos de geografía.

Mis productos –trompeta un comerciante–  
alivian, en un abrir y cerrar de ojos,  
el dolor que genera el mundo externo.  
Los míos –grita el de enfrente–

combaten la impotencia  
y su sol de rayos tristes.  
Mis juguetes –otro vocifera–  
construyen paraísos artificiales en las manos  
de quienes sufren mordeduras  
de la víbora del tedio o de las musarañas  
del sinsentido.

### **Oferta**

Hay partidos políticos en subasta.  
Manos que fueron puños  
y hoy se venden al mayoreo  
o al menudeo.  
Hombres que gozan de un puesto en el mercado,  
no para poner en venta  
ropa,  
dulces,  
vestidos de novia  
o las joyas venidas a pobreza  
de la bisutería,  
sino a sí mismos,  
a sus ojos y su morralla de miradas,  
a su sentido de orientación,  
a su conocimiento especializado  
en la amnesia de los monos  
o en la interpretación de los sueños  
de la pantera macho.

### **Pregón**

Se vende. Se compra.  
Se compran y venden los precarios  
jirones de humanidad  
que cargan aún algunos individuos  
como harapos al viento.  
Se venden países.  
Se compran conciencias que juraban,  
amarradas al mástil de su Dios,  
no venderse,  
y se ocultan en algún rincón amueblado

por la hipocresía.  
Se venden hilachos de banderas  
y compases de himnos nacionales.  
Se compran islas, islotes, continentes  
o la anclada flota naviera  
de un archipiélago.  
Se importan trozos de mar,  
tajadas de atmósfera,  
fórmulas para hacer en secreto clonaciones,  
y se exportan manos, ojos, pedazos de vidrio,  
independencia.  
Se importan toneladas de basura,  
chatarra a manos llenas  
y se exportan graneros de neuronas,  
cerebros.

Detrás del que vende  
y del que compra,  
se encuentran escondidos, pero actuantes,  
empuñando el timón,  
tocando las fanfarrias de las voces de mando  
o pasando sus mandatos bajo cuerda,  
los intereses,  
el oscuro parnaso de los titiriteros.

### **Convicción**

Puedo asegurarlo:  
llegará un día en que los hombres,  
al grito de "rompan filas" que sonará en los cinco continentes,  
se desharán para siempre de la guerra;  
mas esa paz no se obtendrá  
blandiendo una bandera blanca,  
un harapo de aurora,  
entre dos o más oscuridades en pugna.  
Ni regalando manojos de palomas  
al traficante de armas,  
o cantándole canciones de cuna  
a la niña de sus ojos.  
Ni soltando parvadas de preces  
para oradar la cerilla  
de la divina sordera.

La manera de conquistarla,  
y de poner los cimientos,  
las raíces del milagro,  
del otro mundo que es posible,  
tiene que ver con la toma de conciencia,  
la metamorfosis, la inconformidad  
de la mano.

La mano puede hallarse ahí, sobre el brazo del sillón,  
sin hacer nada, fingiendo inexistencia,  
puede tomar un serrucho y practicar con él  
las cuatro operaciones aritméticas básicas.

Puede sacarle punta al lápiz  
para que de nuevo relampaguee  
la poesía.  
Puede saltar a la guitarra, como mi hijo Guillermo,  
para ir dejando poco a poco en libertad  
el concentrado de aves  
que encarcelan las cuerdas en su entraña.

Mas para conquistar la paz  
es preciso que la mano haga violencia sobre sí misma,  
se transmude en piedra,  
en mazo,  
en granada,  
en sorpresa conspirativa,  
que crezca no sólo al tamaño de nuestro odio  
sino que exceda la fuerza del adversario.

¿Que un poema no es una bazuka?  
¿Qué el sudor ennegrecido por la faena  
no puede ser comparado,  
ni torciéndole el brazos a la metáfora,  
con la pólvora?

¿Qué lo ideal no puede nada,  
lo que se dice nada,  
contra la férrea obcecación  
de una fortaleza?

Quién lo duda. No somos tan ingenuos.

Pero hay valentías, maneras de organizarse, cuentas pendientes,  
desesperaciones sin marcha atrás, solidaridad de géneros, granitos de arena,  
inteligencias lucidísimas que piensan las 24 horas del día

en cómo desencadenar la gran descompostura de lo existente,  
hombres y mujeres que están dispuestos a dar todos sus entresijos,  
millones de voluntarios dispuestos a pisotear todos y cada uno de los relojes  
que marcan el curso del sistema imperante.

Las manos pertenecen a esta estirpe.  
Las manos vueltas sobre sí, conscientes,  
conformando cerebros con sus puños.  
Las que aprietan su autonomía  
como don del cielo,  
las que se hallan encinta,  
las que saben qué quieren y a dónde ir.  
Las que se empuñan a sí mismas.  
Las que toman la forma de primeras piedras  
del nuevo mundo.

### **Un odio entre otros**

Aborrezco lo que,  
desde la oscuridad de la causa,  
desde el control remoto del demiurgo,  
desde el afán posesivo que le da a nuestra psique  
la forma de una pantera mano que salta  
a paladear lo que hace suyo,  
convirtiendo a los humanos en juguete  
del egoísmo en llamas.  
Odio lo que a los hombres les arranca  
la libertad, la razón, la autonomía.  
Como cuando se deshojan las alas  
de las mariposas  
y se les vuelve  
insignificantes gusanos que arrastran  
sus amnesias de cielo  
abriéndose diversos itinerarios  
en el lodo.

### **Otro mundo es posible**

El futuro despliega una hoquedad  
más negra que la esencia de lo negro  
donde una pizca de luz, si es que la hubiere,

sería una errata.

Las cosas, despellejadas de su nombre,  
ni siquiera pueden ser divisadas a tientas  
por la imaginación.

En ese caos que al parecer  
hace cada vez más concesiones al infierno,  
el escepticismo se hinca de rodillas  
y se da golpes de pecho.

La esperanza sufre un acceso de toses  
y de asfixia.

Y es que los humanos no podemos esperar el maná luminoso  
que nos caiga de las nubes  
para luchar a brazo partido  
contra todas las grutas que vomitan su negrura.

No podemos aguardar de Prometeo  
que –desde no sé que municipio del allende–  
nos regale la primera piedra  
del otro mundo que es posible  
o que le entregue a nuestra ceguera  
la primera antorcha desmelenada,  
el manojo de luz con que podamos destruir  
la bacanal de penumbras  
que nos acecha en el porvenir.

Por fortuna, la oscuridad es tan inflamable  
como el papel, la madera o el entusiasmo.  
El fuego, y su chisporroteo de nombres,  
fronteras y deslindes,  
tiene que ser obra del hombre mismo  
y nacer de la pequeña usina  
de sus manos.  
Tiene que.

Dos leños frotados  
–para darle el micrófono a una posibilidad–  
serán como el par de cuerpos  
que buscan la chispa de un orgasmo.  
La chispa,  
el embrión,  
la primera paletada de luz  
para romper la noche,



**Y OTRAS CONFIDENCIAS**  
**Tercer canto**

## TRÍPTICO DEL PRINCIPE

### Teología

Eres de luz, sombreado de egoísmo,  
Señor de la lujuria y la indecencia,  
retaste al infinito y tu sentencia  
fue caer y caer en el abismo.

Quisiste destruir el mecanismo  
del poder celestial y tu impotencia  
dejó sólo un puñado de insolencia  
flotando ante el alud del atavismo.

Tu orgullo en armas se quedó en deseo,  
tu elegancia en las tristes actitudes  
que no corrige el grávido aleteo.

Se caen de tus manos, como alhajas,  
todas tus cualidades y virtudes.  
Y hay que contar el cielo entre tus bajas.

### Teología y modernidad

No existe, no, el demonio. No hay un ente  
que avance trampas, fije ratoneras  
para los pies y trace las ojeras  
que subrayan las cuitas de la gente.

Al pecar, esa mancha de la frente  
no es ceniza infernal, ni las arteras  
promesas de saliva, lisonjeras,  
hincan en nuestras vísceras su diente.

A Dios no le conturba dicha ausencia,  
nada de Mefistófeles embarga  
a la divinidad y su excelencia.

Demiurgo de Luzbel y sus arcanos  
de tortura sin fin, el hombre carga  
llamaradas de semen en sus manos.

### **Modernidad**

Muere Luzbel y síguelo el infierno  
al soplo huracanado de la ciencia.  
No deja más que azufre y la insistencia  
de la espiral soberbia de su cuerno.

Pero también a Dios llega el invierno,  
los años, el final, la inexistencia  
y sucumbe por fin a la apetencia  
de una nada en consorcio con lo eterno.

Dios y Demonio se hallan, sepultados  
en el mismo ataúd, entrelazados  
bajo el signo mortal de su miseria.

Si en un juicio final se abriera un día  
su féretro común, se advertiría  
un más allá enterrado en la materia.

# **LOS RUMORES DE LA GUADAÑA**

# I

Tal vez nació conmigo.  
O la adquirí muy pronto, tras de ver  
un ángel vengador que custodiaba  
el vientre de mi madre, espada en ristre.  
Después viví el suplicio de la cuna,  
ya vientre descarnado,  
con manías de péndulo, reloj  
en ciernes, barquichuela  
mecida en mar pequeño por el aire  
manual de mis parientes.  
Y ahí, recién nacida,  
también hija del parto,  
se ocultó en mi interior,  
en algún escondrijo de mi cuerpo.

Pequeño, la ignoraba. No entendía  
ni el hablar de mis padres  
—jerigonza ridícula de ruidos  
pueriles, o arrumacos en almíbar—  
ni el idioma extranjero  
monótono y constante  
de los relojes.

Cuando hoy el testamento de mis padres  
reviso, soy consciente  
de que si está la muerte aquí a mi vera,  
entre mis pertenencias, en el lado  
oscuro del cerebro,  
se explica porque aquéllos,  
a la hora de morir, me la heredaron.  
Ah mis padres, mis padres.  
Me dieron la existencia y me dejaron  
la muerte: pequeñita y escondida  
en alguna hoquedad de lo invisible.

En derredor de mí,  
en los primeros tramos del afuera,  
en el aura que pone en torno nuestro  
la atmósfera del yo,  
no es posible encontrar el menor rastro

de ángeles de la guarda;  
sólo existe un espacio polvoriento,  
sin vocación custodia,  
o un girar sin sentido de moléculas  
que no son el pesebre de un milagro.

Pero algo me acompaña  
y está cabe mi aliento,  
como montando guardia noche y día.  
Cuando voy a acostarme, cuando ciego  
mi lámpara y permito que la noche  
vaya reconquistando territorios,  
advierdo que la muerte está en mis venas  
corriendo como un coágulo.  
La siento, aún despierta, conspirando,  
consultando clepsidras invisibles,  
contando mis latidos uno a uno  
y poniendo su cifra en la bitácora  
de mi peregrinaje.  
También algunas veces me sorprende  
dándole, al despertar, los buenos días,  
mientras miro en sus ojos altaneros,  
prófugo de las sábanas, su insomnio.

## II

En mi niñez, un día supe de ella.  
Y no sólo en la gruta  
sin luces de la psique; también en la corteza  
de la arbórea intención de mis neuronas  
de alcanzar, de manera simultánea,  
trozos de firmamento  
y pedazos de tierra,  
lo supe, tras la sien, en la parte más clara  
de la eminencia gris de mis saberes.

Lo supe cuando un prójimo –un vecino  
de mi hogar solariego–  
falleció de repente atropellado  
por la ferocidad de su destino.

Poco después lo supe por su don  
de ubicuidad ( su hallarse en todas partes  
como, allende el oxígeno, la asfixia),  
en los niños, los jóvenes, los viejos  
y el listado completo de lo que *es*  
en esta galería de lo efímero.

Mas siempre la observaba  
segando la existencia,  
pisoteando pedazos de futuro,  
dejando ya sin voz los parlamentos  
de las fosas nasales,  
en los otros,  
varones y mujeres,  
que en naciendo son presas  
del tumor invisible de la muerte.  
En los otros, no en mí, como si fuera  
yo un ser amamantado por la vida  
a espaldas del reloj  
o fuera de la vista (acurrucado  
en algún punto ciego)  
de un tiempo distraído  
en hacer la puntual descompostura  
de todo lo que existe.

### III

La ignoraba. Mas ella, como yo,  
se dedicó a crecer, a echarse en hombros  
una edad tras la otra,  
halló, como las células, la tabla  
de multiplicar, púsola en sí misma,  
y saltó, de su predio en lo invisible,  
al hecho contumaz de su presencia  
cuando mi voz, mis ojos, mi intelecto  
por ella preguntaron.

Muchos nombres tenía.  
A veces se llamaba terremoto.  
Otras veces incendio, virus, guerra.  
Hambre, retén, cansancio, rebelión.  
También se le decía Dios, destino,

o frasco de somníferos vacío.

Pero allende los nombres,  
del instante preciso en que su furia  
descargaba su golpe terminal  
para tener después (como una boa)  
su sueño de guadaña satisfecha,  
o del sitio en que urdía cementerios  
inesperados, huérfanos o huérfanas,  
yo la reconocía,  
sabía que se hallaba  
haciendo como siempre de las suyas  
de manera insistente, sin reposo,  
profesional diríamos.

La muerte estaba ahí, las manos pródigas.  
Mas era de los otros, no era mía,  
diciéndolo en presente  
de propiedad privada.  
Era ajena, distante,  
colonizando todo lo de afuera,  
dedicada a decirle a los castillos,  
las casas, las pocilgas y la gente  
que eran todos de arena, polvo, viento;  
a la fama, orgullosa  
de sus complicidades con el mármol,  
que al primer ventarrón de desmemoria  
no restaría de ella en el espacio  
más que un hueco fugaz en el perfecto  
tamaño del olvido acomodada.

La muerte me era extraña.  
¿Por qué iba yo a morirme si la vida  
ocupaba los puestos centrales de mi cuerpo?  
¿Si se hallaba en mi frente, mis rodillas,  
mis deseos, mis venas, los delirios  
del castillo en el aire  
que brota de mi cráneo efervescente?  
¿Si, como director de orquesta, estaba  
rigiendo la armonía, el contrapunto,  
la corta melodía del suspiro,  
de mis órganos todos?  
¿Por qué yo iba a morirme? La pregunta

se convirtió en tema recurrente  
como si fuera el báculo perpetuo  
que los caminos ponen a mis pies.  
Mas comprendí a la larga que la vida  
no puede envenenar nunca a la muerte,  
nunca le va a la mano a la guadaña,  
nunca tiene la fuerza indispensable  
para ponerle grillos en las piernas,  
para amarrar su lengua a la mordaza  
del desdecirse eterno, y arrojar  
a su feroz contraria al camposanto.

#### IV

Y así me hallé después. Lleno de muerte,  
viendo en los muros de la patria mía  
un desmoronamiento de gusanos.  
Puedo localizarla aquí en mi cuello,  
mis arterias, el pulso  
-que presume de ser el trovador  
de la existencia, y no es sino la bomba  
de tiempo de la asfixia que me espera-;  
puedo hallarla en la mano con que escribo  
las siniestras canciones que le salen  
al calmársele el ser, a este energúmeno.  
Se halla en mi corazón; en las pedradas  
que se echan unos a otros  
mis órganos internos.

A veces se me pone en el oído  
para hacerme el relato minucioso  
de una angina de pecho,  
la crónica puntual  
de un cáncer de familia, hereditario,  
que está sólo a la espera  
del tronido de dedos de la hora,  
de un sida que, si irrumpe dulcemente,  
sobre el blando cojín de la lujuria,  
termina fatalmente  
por incendiar la sangre  
y hacer un holocausto de anticuerpos.

No hay un solo pedazo de mi carne,  
una sola molécula o un poro  
(que encarna un simulacro de vacío),  
que escape del poder, la dictadura,  
la feroz satrapía  
de la dueña de todo lo que existe,  
de la parca que danza acompañada  
por un dúo de huesos y estertores,  
y cuida, con manías de destino,  
a lo largo y a lo ancho de mi carne,  
de la respiración de las bacterias,  
del pulso inmarcesible de los virus,  
de todo, en fin, de todo  
lo que ocupa un lugar, grande o pequeño,  
en el mundo sin fin, mientras la nada  
no opine lo contrario.

## V

Entonces, a partir de no sé cuándo,  
la comencé a temer,  
como todos, o casi, los que tienen  
un predio corporal  
en un fraccionamiento del oxígeno.  
La temía a las once de la noche,  
a la hora en que el relámpago  
cuelga sobre las nubes  
su estridencia amarilla,  
a la hora de dormir o de bañarme  
o de hacer el amor o de encontrarme solo  
haciendo un inventario de todos mis fantasmas  
u ordenando por orden alfabético  
toditas mis blasfemias.

Me angustiaban las toses ensartadas  
en el hilo de un hálito que lucha  
por la perseverancia.  
El dolor de cabeza mañanero,  
la gastritis rebelde, los mareos  
que gesta sin cesar mi barca en tierra  
o la voz alarmante que brotaba a veces del termómetro.

Pero no, que se entienda, porque entonces  
sufriera mucho o poco  
padeciendo la furia enloquecida  
de una joroba de dolor al hombro,  
de un cáncer que devasta sus entornos,  
o sintiendo molestias no muy graves,  
sin la estridencia del sufrir agudo  
que llega hasta la cúspide del grito,  
sin la exageración que en ocasiones  
me lleva a maldecir  
mi acta de nacimiento  
o los juegos eróticos que un día  
sostuvieron mis padres ;  
no, lo digo otra vez, porque sufriese,  
sino porque me daba la impresión  
de que estos males eran  
sólo andenes, preámbulos o trámites  
donde voy a sentir el cambio abrupto  
del suelo en que mis pies se hallan encima  
de su seguridad, por un abismo  
que se abre bajo de ellos  
cuyo fondo, si existe, se me aleja  
y me temo que acabe transmudándose  
del estado de sólido al gaseoso.

## VI

Ya no pude vivir sin el temor  
cotidiano a la muerte.  
Me la podía hallar entre las ocho  
y las ocho cuarenta de cualquiera  
de los días que corren.  
Podría dar con ella al encontrarme  
pensando, divagando o escribiendo  
sobre sus intenciones.  
Me la podría hallar  
en el beso en su punto que me debe  
la chiquilla del diez,  
en la función de teatro  
o en la marcha citada  
para que, voz en puño, protestemos  
contra alguna injusticia de las muchas  
que por la impunidad ya consabida

estén amamantadas.  
La temía.  
Le daba carta abierta en mis insomnios.

Frío y escalofrío  
no siempre se originan en la baja  
temperatura.  
No siempre son coetáneos del granizo,  
ni víctimas de un sol venido a menos  
con sus rayos diezmados por los témpanos  
de negrura que irrumpen en la noche;  
más bien tienen su fuente en el temor  
no sólo de dejar de ser un día,  
sino dejar de serlo en el relámpago  
sin luz del de repente,  
en el día y lugar menos pensado  
como si en el gran baile de la vida  
lo fortuito invitara  
a danzar a una embolia,  
a una tisis, a un asma o a cualquiera  
de las enfermedades existentes.

Este mundo, que tiene en su interior  
agazapado el cambio,  
no ofrece nada inmóvil,  
ni una minucia atemporal perdida  
en el vientre del cosmos,  
ni un ingenuo epitafio que presuma,  
en su supervivencia, de no ser  
del gusto corrosivo de las larvas,  
ni una piedra, una sola,  
donde una sien pudiera reposar.  
Salvo las abstracciones, que no tienen  
los pies hechos de barro  
y van y vienen en su propio cielo  
sin consultar relojes, deshojar calendarios,  
o temer el piquete venenoso  
de la primera arruga,  
salvo las abstracciones, digo, todo  
se halla cambiando, todo  
va dejando la piel de su pretérito  
tras de sí, como parte  
—amamantada siempre por su todo—

del negro latifundio de la muerte.

## VII

Un día, tras de tanto  
temor, amanecí  
con una extraña idea que me arroja  
al deambular sin brújula  
de la perplejidad,  
a llevar en la punta de mi lengua  
pedazos de palabras o en mi cuello  
la campana en redoble de preguntas.

El temor a la muerte ¿no es acaso  
la custodia constante de la vida?  
¿El ángel de la guarda  
de mi respiración?  
¿El perro que protege, con su tapia  
de gruñidos, el pulso y su pequeño  
timbal emborrachado de existencia?  
¿El cuidado intensivo del deseo  
de que mi pie no deje de ser nunca  
el punto, el manantial, de donde nace  
la íntegra red de los caminos míos?

Y así me encuentro ahora:  
la muerte y el temor que ella despierta  
¿son una bendición o su contrario?  
¿El temor a la muerte es un seguro  
de vida? ¿La perfecta vigilancia  
de la tierra que el riesgo está pisando?  
¿El cuidarse del tren enloquecido  
que, sediento de sangre,  
pasa frente a nosotros el espejo  
de una de las posibles  
maneras de morir? ¿La prevención  
del sin fin de amenazas que querrían  
penetrar en mi pecho a prepararle  
su final zancadilla al corazón?  
¿Un evitar, con la cautela pronta  
del giro de los pies,  
el puñal en la espalda?  
¿Un huir de los climas extremosos  
para hallar en el tibio justo medio  
las cáscaras de atmósfera que exige

la piel para seguir en el camino?  
¿O es a pesar de todo la fatal  
anulación del mundo al anularse  
la parte espectadora o la atalaya  
corporal que nos hace ser vigías  
–centinelas de todo lo que pasa  
por algún meridiano de los ojos–  
del pavoroso y atrayente afuera  
donde está lo infinito discurriendo  
el canto de un contar que es incontable?

## VIII

El temor al deceso es nuestro aliado;  
también nuestro enemigo:  
tiene manos de madre protectora,  
de manos que, empapadas de ternura,  
se van despellejando de caricias.  
Mas a veces no puede el corazón,  
si lo golpea un soplo de aire frío,  
vislumbrar un remanso en la zozobra  
o encontrar en las lágrimas el agua  
que combata al incendio.

¿Que eso es contradictorio? No lo niego.  
Nada escapa a la lucha de contrarios:  
Caín y Abel no son sino la regla  
que devora sin fin las excepciones.

Muchos dicen ¿por qué este griterío  
de la tinta? ¿Por qué tanta maraña  
de vocablos cobardes  
frente a algo natural, tan natural  
como la sed y el hambre, o la pasión  
de las sienas, al advenir la noche,  
por la amorosa esquina de la almohada?

No podemos aquí –cuando la tinta  
nos habla de las formas en que puede  
irrumper lo posible–  
olvidar al que gusta  
de arriesgar su existencia,

ponerla en el cadalso del peligro,  
o en el desfiladero de los pasos en falso,  
porque acuña en sus sienes la igualdad  
de peligro y orgasmo...

Ni es posible olvidar a quienes viven  
sin temer la visión indescriptible  
–el futuro en la frente–  
de la pálida anciana en pie de guerra  
que ignora la bondad de la excepción  
cuando ejerce su ley inexorable.  
¡Cuántos hay que se esfuerzan,  
con la meditación –que los enclaustra  
en la dura mazmorra del sí mismos–  
en olvidar la vida y sus placeres  
para olvidar la muerte!

Mas digan lo que digan,  
no logran disipar  
este miedo a no ser que, de pequeño  
que era, pronto, creciendo, echando carnes,  
nos llena plenamente  
como una oscura inundación de lodo  
en que se mezclan gritos, estertores,  
la horca de la asfixia,  
el silencio, cadáver de la lengua,  
y los ojos cerrados a tal punto  
que anulan juntamente  
la ceguera y el ciego.

## IX

Yo no puedo tener, como mi abuelo,  
*brújula de dolor* para buscar  
al hijo que se ha ido, porque sé  
–guiado por el *ni modo* que le sirve  
de faro a mis preguntas–  
que irse no es trasladarse  
de un territorio al otro  
(como toda odisea entre dos puntos),  
ni del mundo al trasmundo espiritual  
que prohíbe la entrada

al más pequeño indicio  
de materia. La ausencia no es tampoco  
ir de un modo de ser a uno distinto  
o viajar por cerebro  
de una vivencia a la otra. No. Partir  
es dejar a la espalda lo que fuimos  
y es salir asimismo de nosotros  
para colmar el hueco  
de nuestra propia ausencia exactamente.

Abuelo, yo no puedo, como tú  
hincarme de rodillas  
a los pies del Enigma  
—que habla con acertijos de silencio—  
y gritar ante el cuerpo devastado  
de mi hijo en su ataúd:  
"¡Oh, qué callar profundo!...  
¿Contra quién me rebelo... o a quién pido?..."  
Abuelo, yo no puedo, yo no puedo,  
porque estoy convencido  
de que ni las blasfemias ni los ruegos  
—dos aullidos distintos de la misma orfandad—  
serán localizados y atendidos  
por el perfecto oído o el radar sacrosanto  
de un supuesto Hacedor del universo.  
No puedo hacerme trampas, abuelo, cuando miro  
que el minúsculo templo de la fe,  
sin nada en sus entrañas,  
es quien otorga el nombre  
de Dios al gran vacío.

## X

Casa adentro, reviso mis amores,  
mis odios, también las confidencias  
sobre la muerte. Puedo confesarlo:  
de común aborrezco  
la idea de un reloj terco, que nunca  
da su brazo a torcer,  
que tiene una guadaña pequeñísima  
en su interior mecánico,  
ya que así las palabras, los poemas,  
el afán de saber y de enseñar,

el amor por la música,  
los besos clandestinos,  
la pizca de placeres  
a mitad de la cama,  
la lucha imperturbable,  
a todo puño,  
contra los poderosos del cielo y de la tierra,  
se caerán de las manos que se caen,  
de los ojos que dejan de ser ojos,  
parpadeando gusanos,  
de un cuerpo que al morir es sólo el cuerpo  
de un pretérito en ruinas.  
Mas también, lo confieso,  
amo esta protección de la existencia  
que el amor a la muerte nos regala  
en todos los cumpleaños,  
o al celebrar los meses, días, horas  
o instantes en que somos o en que estamos  
luchando sin cuartel contra lo efímero.

Amo y odio a la muerte al mismo tiempo.  
La execro por su don de ubicuidad  
y su intrusa manera de ponerse  
en redor de nosotros  
como ángel o demonio de la guarda.  
Mas quiero que, al final, cuando mi tiempo  
se atropelle a sí mismo,  
cuando me encuentre a punto  
de no tener siquiera ni un pedazo  
de edad en que vivir,  
cuando el cansancio, en propulsión de sangre,  
me invada el cuerpo todo,  
de sus pies a su orgía de neuronas,  
cuando la nada entone su canto de sirena,  
se encuentre aquí a mi lado,  
custodiando mis odios, mis pasiones,  
mis otras confidencias,  
y que decida dar de pronto el paso  
hacia mi cuerpo y pueda amalgamarse  
finalmente conmigo.